

y bueno, que no emplea su saber, su talento y su gusto más que en proporcionaros placer?

II

Ese placer os será útil. Vuestro interlocutor es tan grave como atento; quiere y puede instruiros al par que recrearos; su educación ha sido tan sólida como elegante; hasta confiesa en su *Spectator* que prefiere el tono serio al tono festivo. Es reflexivo y silencioso por naturaleza. Ha estudiado con una conciencia de erudito y de observador las letras, los hombres y las cosas. Cuando ha viajado por Italia, lo ha hecho á la manera inglesa, anotada las diferencias de costumbres, las particularidades del suelo, los buenos y los malos resultados de los diversos gobiernos; proveyéndose de memorias precisas, de documentos circunstanciados sobre los impuestos, los edificios, los minerales, la atmósfera, los puertos, la administración y qué sé yo cuantas cosas más (1).

Un lord inglés que pasa por Holanda entra sin el menor reparo en una quesería para ver con sus propios ojos todas las partes de la fabricación; vuelve, como Addison, provisto de cifras exactas, de notas completas; esas masas de datos comprobados son el fundamento del recto sentido de los ingleses. Addison agregó á eso la experiencia de los negocios, puesto que fué sucesiva ó simultáneamente periodista, diputado, hombre de gobierno, y anduvo envuelto en to-

(1) Véase, por ejemplo, su capítulo sobre la República de San Marino.

dos los combates y en todas las vicisitudes de los partidos.

La simple educación literaria no produce más que hombres que hablan bien, hombres capaces de adornar ó de publicar ideas que no tienen y que los demás les suministran. Si los escritores quieren inventar, es forzoso que miren, no á los libros y á los salones, sino á los hechos y á los hombres; la conversación de las personas especiales les es más útil que el estudio de los períodos perfectos; no pensarán por sí mismos sino en tanto que hayan vivido ú obrado. Addison supo obrar y vivir. Leyendo sus informes, sus cartas, sus discusiones, se ve que el gobierno y la política le han dado la mitad de su talento. Emplear á las personas, manejar el dinero, interpretar la ley, desentrañar los motivos de los hombres, prever las alteraciones de la opinión pública, tener que juzgar exactamente, con prontitud y veinte veces al día, sobre intereses presentes y grandes, bajo la vigilancia del público y el espionaje de los adversarios: he ahí los alimentos que han nutrido su inteligencia y sustentado sus conversaciones. Un hombre así podía juzgar y aconsejar al hombre; sus juicios no eran amplificaciones elaboradas por un esfuerzo mental, sino observaciones aquilatadas por la experiencia; se le podía oír en materias morales como se oye á un físico en materias de física; el oyente reconocía en él una autoridad, y se reconocía á sí propio instruido.

Al cabo de poco tiempo se reconocía mejor, porque veía en él desde el principio un alma singularmente elevada, un alma muy pura, cuya preocupación constante, cuyo más caro placer era lo honrado y lo recto. Amaba naturalmente las cosas bellas, la bondad y la justicia, la ciencia y la libertad. Desde su primera ju-

ventud se había afiliado al partido liberal, y en él permaneció hasta el fin, confiando en la eficacia de la razón y de la virtud humanas, y denunciando las miserias en que caen los pueblos que, con su independencia, abdicar de su dignidad (1). Seguía los altos descubrimientos de la física nueva para realzar más la idea que tenía de la obra divina. Amaba las grandes y graves emociones que nos revelan la nobleza de nuestra naturaleza y la flaqueza de nuestra condición.

Consagraba todo su talento y todos sus escritos á inspirarnos la conciencia de lo que valemos y de lo que debemos ser. De las dos tragedias que hizo ó meditó, una era sobre la muerte de Catón, el más virtuoso de los romanos; otra sobre la de Sócrates, el más virtuoso de los griegos; y aun al fin de la primera tuvo un escrúpulo, y, por temor de disculpar el suicidio, inspiró á Catón un remordimiento. Su ópera *Rosamunda* termina con el consejo de preferir el amor honrado á las alegrías vedadas; su *Spectator*, su *Tattler*, su *Guardián* son los sermones de un predicador laico. Más aún: practicó sus máximas.

Cuando estuvo en el gobierno, conservó incólume su integridad; sirvió á las personas, muchas veces sin conocerlas, siempre gratuitamente, sin admitir jamás presentes ni aun disfrazados. Fuera del gobierno conservó íntegra su lealtad; perseveró en sus opiniones y en sus amistades, sin acritud ni bajeza, alabando animosamente á sus protectores caídos (2), sin importarle exponerse á perder por eso los únicos recursos con que aún contaba.

(1) *Epístola á Halifax*.—*Observaciones sobre Italia*, Ed. Hurd, t. I, p. 406.

(2) Por ejemplo, á Halifax.

Era noble por naturaleza, y lo era también por reflexión. Juzgaba que es cuerdo ser honrado. Su primera preocupación, según él dice, era poner sus pasiones «de parte de la verdad». Se había formado interiormente un retrato de la criatura racional, y ajustaba á él su conducta tanto por reflexión como por instinto. Apoyaba cada virtud en un orden de principios y de pruebas. Su lógica alimentaba su moral, y la rectitud de su inteligencia completaba la rectitud de su corazón. Su religión, completamente inglesa, era por el estilo. Apoyaba su fe en una serie regular de discusiones históricas (1); afirmaba la existencia de Dios por una serie regular de inducciones morales; la demostración minuciosa y sólida era siempre el guía y sostén de sus creencias y sentimientos. Así dispuesto, se complacía en concebir á Dios como el jefe racional del mundo; transformaba los accidentes y las necesidades en cálculos y en direcciones; veía el orden y la Providencia en el conflicto de las cosas, y percibía en torno de sí la sabiduría que trataba de implantar en sí propio. Confiaba en Dios, como un ser bueno y justo que se reconoce en manos de un ser justo y bueno, y pensaba en el porvenir desconocido que debe perfeccionar la naturaleza humana y cumplir el orden moral. Cuando llegó su fin, repasó su vida y se atribuyó no se sabe qué falta contra Gay; la falta debía ser muy ligera, cuando Gay ni la sospechaba. Addison le rogó que fuese á la cabecera de su lecho y le pidió perdón. En el momento de morir, todavía quiso ser útil é hizo acercarse á lord Warwick, su hijo político, cuya ligereza le había preocupado más de una vez. Estaba tan débil, que al pronto

(1) *Defensa del Cristianismo*.

no pudo hablar. El joven, después de esperar un instante, le dijo: «Querido señor, me habéis mandado llamar; supongo que tendréis algunos encargos que hacerme; yo los miraré como sagrados.» El moribundo, haciendo un esfuerzo, le estrechó la mano y respondió dulcemente: «Ved en qué paz puede morir un cristiano.» Un instante después expiró.

III

«El grande y único fin de estas consideraciones (dice Addison en un número del *Spectator*) es desterrar el vicio y la ignorancia del territorio de la Gran Bretaña.» Y cumple su promesa. Todos sus diarios son morales: consejos á las familias, reprensiones á las mujeres ligeras, retrato del hombre honrado, remedios contra las pasiones, reflexiones sobre Dios, sobre la religión, sobre la vida futura. Yo no sé, ó, mejor, sé muy bien, qué éxito tendría en Francia una gaceta de sermones. En Inglaterra fué extraordinario, igual al de los más afortunados novelistas modernos. En medio del desastre de todas las revistas, arruinadas por el impuesto de la prensa, el *Spectator* duplicó su precio y se sostuvo. Es que ofrecía á los ingleses la pintura de la razón inglesa; el talento y la doctrina estaban de acuerdo con las necesidades del siglo y del país.

Tratemos de describir esa razón que poco á poco se ha apartado del puritanismo y de su rigidez, de la Restauración y de su licencia. Al mismo tiempo que la religión y el Estado, el espíritu alcanza su equilibrio. Concibe la regla, y disciplina su conducta, se

aparta de la vida desordenada, y se acoge á la vida sensata; huye de la vida corporal, y prescribe la vida moral. Addison rechaza con desdén la alegría física grosera, el placer brutal del movimiento y del ruido (1). «¿Es posible (dice, hablando de las farsas y payasadas) que la naturaleza humana se goce en su ignominia y guste de ver su propia figura con una traza ridícula y disfrazada bajo formas que excitan el horror y la aversión? El poder soportar tal espectáculo arguye cierta bajeza é inmoralidad (2).» Con mayor razón se subleva contra la licencia y el libertinaje sistemático, que fué el gusto y el oprobio de la Restauración. Escribe artículos enteros contra los seductores de profesión, que son los «caballeros andantes» del vicio. «Cuando personas de rango y de importancia emplean su vida en esas prácticas criminales, deberían considerar que son más viles y más dignos de desprecio que el último de los hombres, por baja que sea su cuna y por infima que sea su condición (3).» Ridiculiza severamente á las mujeres que se exponen á las tentaciones y á quienes llama salamandras: «Una salamandra es una especie de heroína de castidad que anda sobre el fuego y vive en medio de las llamas sin quemarse. Recibe junto á su cama á un hombre que va á visitarla, juega con él á los cientos toda una tarde, se pasea con él dos ó tres horas á la luz de la luna, se familiariza con un extraño á la primera visita, y no es tan menguada de espíritu que vaya á reparar en si la persona con quien habla lleva faldas ó calzones (4).»

(1) *Spectator*, n. 173.(2) *Tatler*, n. 108.(3) *Guardián*, n. 123.(4) *Spectator*, n. 198.